

Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización

*Rodolfo Stavenhagen*¹

CASI CINCUENTA AÑOS DESPUÉS DE terminada la guerra mundial y cuarenta años después de la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aún nos encontramos con violaciones masivas de los derechos humanos en distintas partes del mundo. El desmembramiento de los estados multinacionales de Europa Oriental desencadenó una serie de conflictos, algunos de los cuales han desembocado en actos de extrema violencia y atrocidades genocidas, no vistas en el continente europeo desde el Tercer Reich. Al mismo tiempo que la atención del público se aleja de los países del Tercer Mundo, los conflictos periódicos de Asia y África —unidos a la aguda pobreza y a la prolongada privación económica que padecen las grandes mayorías de los habitantes de estos continentes— reflejan la fragilidad de la sociedad civil y la incapacidad de los estados nacionales para responder a las demandas y necesidades fundamentales de sus pueblos. Quinientos años después del llamado “Descubrimiento de América” (ahora denominado “Encuentro de Dos Mundos”), que inauguró la era del colonialismo moderno, los pueblos indígenas de las Américas denuncian la opresión y discriminación de las cuales siguen siendo objeto, así como su persistente pobreza en medio de la abundancia.

Mientras algunos alegan que los recurrentes brotes de violencia y agresión registrados en tantas partes del mundo son consecuencia de la inalterable naturaleza humana (una “sangría periódica” genéticamente

¹ Texto de una ponencia preparada para la reunión internacional sobre “Xenofobia y racismo” organizada por la Universidad de Copenhague en octubre de 1993, en ocasión de los cincuenta años de la protección otorgada por el rey de Dinamarca a los judíos daneses perseguidos por el nazismo alemán.

impuesta o psicológicamente necesaria), otros simplemente señalan la fragilidad de las instituciones humanas y argumentan que el mundo no ha hecho aún lo suficiente para dar cumplimiento a los elevados principios morales incluidos en la Carta de las Naciones Unidas y contenidos en subsiguientes instrumentos legales internacionales de diversa índole.

Sin embargo, ni la genética ni la insumisión a las leyes internacionales bastan para explicar la dinámica de las fuerzas sociales que han transformado de tal manera el mundo durante la última mitad de nuestro siglo. El mundo se ha hecho "uno", ciertamente, no sólo por el funcionamiento de un solo mercado mundial en la esfera económica y la reducción de las distancias producidas por la revolución tecnológica en los medios de comunicación masiva, sino también debido a que los eventos de una parte del mundo tienen repercusiones inmediatas a nivel global. Dentro de este marco planetario, el cual apenas se sugería en la primera mitad del siglo XX, destaca un fenómeno cuyas consecuencias aún no han sido adecuadamente evaluadas en el nivel mundial. Se trata de la migración en masa de poblaciones de las áreas rurales hacia los centros urbanos, de los países pobres a los ricos, de economías subdesarrolladas a naciones industrializadas.

Todavía hay quienes esperan y tácitamente creen que la globalización de la economía podrá llevarse a cabo sin estos desplazamientos demográficos generalizados. Confían en el libre comercio, en los beneficios de las transferencias tecnológicas y en las virtudes de un movimiento no restringido de capitales a través de las fronteras internacionales, pero reculan ante la idea de que, como resultado de tales procesos, las poblaciones del mundo se estén poniendo en movimiento. Y, sin embargo, es debido precisamente a esta globalización de la economía internacional que tales migraciones poblacionales están operando. De hecho, resulta difícil concebir los recientes cambios en la economía mundial sin estas migraciones masivas. Por supuesto, hay factores contradictorios en juego, como suele haberlos siempre: mientras muchos migran en busca de mejores salarios y niveles de vida, otros lo hacen impelidos por la pobreza y la desesperación. Existen también los que huyen de la adversidad social y la violencia política, factores que no pueden distinguirse con precisión de las fuerzas económicas actuantes. Así, la demarcación entre refugiados "económicos" y "políticos" tiende a hacerse borrosa. Tal vez los *boat-people* de Vietnam y de Haití sean víctimas de distintos regímenes políticos, pero ahí terminan las diferencias.

El sistema mundial solía dividirse con mayor o menor precisión en Oriente y Occidente, Norte y Sur. Éstos son términos políticos y económicos antes que geográficos. Y mientras que la división entre Oriente y Occidente se ha venido abajo, la distinción entre Norte y Sur ya no es tan

nítida como antes, no sólo porque existen notables diferencias entre los países que anteriormente se denominaban “subdesarrollados” o “en vías de desarrollo”, sino porque dentro de los países del Sur la internacionalización de la economía ha dado lugar, de hecho, a una profunda polarización socioeconómica que acaso se esté haciendo más marcada. Así, los países del llamado Sur no sólo se ven desafiados exteriormente por el Norte, sino también por su propio “norte” interno. Por otro lado, el Sur ha logrado abrirse camino hacia los centros vitales del Norte. Los Ángeles ha sido llamada —y no del todo en broma— una de las ciudades tercermundistas más grandes del mundo. Europa occidental, desde Gran Bretaña hasta Italia, desde Alemania hasta España, ha producido un “tercer mundo” dentro de sus fronteras. Ni siquiera el Japón fortificado puede escapar a esta tendencia.

El sistema internacional apenas comienza a reconocer el efecto que en el nivel mundial tiene dicho fenómeno en la configuración de la actual dinámica de relaciones entre estados y, de hecho, como reto al concepto mismo de Estado nacional, pues es aquí donde encontramos las tensiones potencialmente más conflictivas del periodo actual. En general, se acepta la idea de que en la época contemporánea de globalización económica el Estado se ha desligado del concepto de economía nacional y la idea de una “economía nacional” como tal resulta cada día más difícil de sostener. Sin embargo, la concepción del Estado nacional sigue asociándose a la noción de una cultura homogénea única representativa de un pueblo específico, uniforme tanto en identidad como en historia. La contradicción entre este concepto tradicional del siglo XIX de Estado-nación (el guión que une estas dos palabras inevitablemente vincula la idea de una nación étnica con la de un Estado territorial) y la realidad multicultural, multiétnica, multirracial y multinacional de la mayoría de los países contemporáneos, así como la disolución de las antiguas “economías nacionales” dentro del marco de la economía global, han dado lugar a muchas tensiones y conflictos étnicos de los que somos testigos actualmente.

Las diversas expresiones de racismo y xenofobia que han surgido en años recientes en muchos países industrializados deben colocarse dentro de este contexto. No es posible definir las simplemente como actitudes y prejuicios subjetivos “irracionales” de individuos “mal informados”. Ni deben tomarse simplemente como residuos ideológicos nazis fundados en una especie de discurso racista y antisemita pseudocientífico completamente desacreditado.

Algunas investigaciones recientes muestran que si bien en todas las sociedades de todas las épocas ha habido un potencial de prejuicio contra el “otro” y de las actitudes de exclusión y discriminación que suelen acompañarlo, nada hay de innato o inevitable en la expresión colectiva de ta-

les sentimientos subjetivos. Al contrario, el comportamiento individual y colectivo tiende a representar imágenes y determinaciones institucionales ideológicamente estructuradas. Los sentimientos, actitudes y prejuicios subjetivos surgen dentro de un marco de relaciones interétnicas e interraciales condicionadas a su vez por imperativos económicos y políticos. Saber si se trata de “nosotros” o del “otro” depende de las circunstancias del encuentro y de la interacción. Lo cual habría resultado bastante sencillo hace quinientos años cuando los nativos de las Américas descubrieron a un puñado de varones barbados, desteñidos y sin bañar que se acercaban a sus costas en fortalezas flotantes y que pronto comenzaron a saquear, matar y esclavizar a las poblaciones locales en una escala nunca antes vista en la historia universal. Igualmente sencilla resultaba la distinción entre el “nosotros” y el “ellos” durante el auge del colonialismo, es decir, entre los amos europeos de la Colonia y los sujetos no europeos de la misma, distinción que ha sido arrastrada hasta la era poscolonial.

Más complicado resulta sostener tales distinciones y presentarlas de manera sistemática en un mundo contemporáneo donde las fronteras internacionales se borran, se vienen abajo los imperios totalitarios multinacionales, las economías nacionales y los nacionalismos económicos decaen y surgen nuevas fuentes de poder económico por zonas. En la era de la “aldea global”, basta con oprimir un botón para traer el drama que se vive en Bosnia o en Somalia hasta las cómodas salas de TV de Europa y Norteamérica; o a la inversa, llevar los estilos de vida de los “ricos y famosos” hasta las chozas de los barrios bajos del Tercer Mundo. Dentro de esta red de comunicación universal en expansión, dos tendencias contradictorias operan: la universalización de lo que comúnmente se conoce como cultura occidental (pero que a su vez se encuentra en un estado de transformación continua) y la reelaboración de las identidades culturales en situaciones de “conmoción cultural”, debido a la internacionalización de la economía y al desplazamiento masivo de poblaciones.

En este contexto, dos hechos han adquirido particular relevancia. Por un lado, el surgimiento de nuevos tipos de redes transnacionales de poblaciones migrantes, en las cuales se mantienen relaciones recíprocas entre las “comunidades remitentes” y los países receptores o huéspedes. Y por el otro, un hecho no del todo distinto del anterior: la presencia creciente en distintas partes del mundo de “diásporas” que hacen las veces de actores sociales, culturales y, a menudo, también políticos y económicos. Tanto la comunidad transnacional como la de la diáspora participan activamente en la redefinición de las identidades étnicas y culturales de los países huéspedes así como de las sociedades remitentes.

Las identidades nacionales modernas de occidente, surgidas de las

luchas del siglo XIX y de antes, tienen su raíz en la idea de la nación étnica, esto es, en la creencia de que, de alguna manera, debe haber cierta correspondencia entre el Estado político y las características sociales y culturales —y a veces físicas— compartidas por sus habitantes. Sean cuales fueren sus remotos orígenes y los diversos caminos por los que llegó a erigirse en la doctrina política más importante de los tiempos modernos, la ideología nacionalista requiere una elaboración activa de la “identidad nacional”, la esencia escurridiza del ser nacional. Con este fin en mente, el aparato estatal y sus intelectuales orgánicos movilizan todos sus recursos, desde el poder militar hasta la política cultural, desde la enseñanza —y, a menudo, la reescritura— de la historia hasta la construcción y dedicación de monumentos y otros símbolos físicos a la grandeza nacional.

La identidad nacional desempeña una doble función: en primer lugar, fortalece la comunidad nacional en sus relaciones con el exterior, especialmente contra la agresión extranjera o en apoyo a una agresión de esta naturaleza, ya sea de tipo militar o económico. En segundo lugar, contribuye a consolidar el Estado nacional internamente, o, mejor dicho, a consolidar la autoridad de los grupos en el poder sobre el resto de la población. Si, como ha sucedido a menudo en la historia, tales grupos gobernantes se identifican en términos raciales, étnicos, religiosos o lingüísticos en contraposición con otros elementos de la población del Estado, el escenario queda listo para el surgimiento de ideologías racistas y xenofóbicas al servicio del “ideal nacional”. Cabe notar que, aun cuando dos poblaciones culturalmente distintas no están realmente presentes, la ideología nacional puede proceder a fabricarlas.

Lo anterior es precisamente lo que ha sucedido en el curso de la formación de los estados nacionales modernos, ya se trate de los tiempos imperiales o de la construcción nacional contemporánea. El “otro” colonizado tuvo que ser presentado como racial, psicológica y culturalmente inferior a la metrópolis, para que la expansión colonial pudiese justificarse y legitimarse. No fueron, obviamente, razas superiores que navegaron o marcharon hacia la conquista del mundo tanto como la conquista del mundo lo que produjo estos pueblos autoproclamados y autoglorificados como conquistadores. Todo ello en nombre de la “obligación del hombre blanco”. Y cuando no había víctimas externas a la mano, la ideología nacional fabricaba sus propios *Untermenschen* (subhombres) internos para desahogar sobre ellos sus frustraciones y odios, desde los *pogroms* (matanzas de judíos) hasta las cámaras de gas. En años recientes, la versión modernizada de la ideología nacional está de nuevo a la caza de chivos expiatorios y aumenta las filas de sus partidarios, ya se llamen a sí mismos el Frente Nacional, le Front National, die Republikaner o Pamyat.

En el mundo poscolonial y de la posguerra, dentro del marco de la nueva economía internacional y las migraciones poblacionales masivas, las ideologías nacionales asociadas con el Estado nacional contemporáneo se han mostrado incapaces de romper con el pasado y enfrentar las nuevas realidades multiculturales de sus sociedades cambiantes. En una época de reestructuración económica neoliberal, a consecuencia de la cual millones de habitantes del Norte y Sur, Este y Oeste sufren privaciones excesivas, los mercados de trabajo se segmentan y a menudo se polarizan. Gigantescas empresas trasladan sus operaciones adonde pueden obtener mano de obra barata, lo cual significa gente pobre. Los sindicatos más fuertes luchan por mantener el control sobre un sistema de asistencia social que se reduce paulatinamente. La concentración tecnológica y de capital crea oportunidades para los sectores altamente calificados, pero desecha y deja hundir los “no competitivos”. La economía “informal”, una suerte de pequeño capitalismo primitivo y salvaje que opera al margen y dentro de los intersticios del capitalismo organizado con patrocinio estatal de la variedad Thatcher-Reagan-Kóhl, puede considerarse tanto un colchón para los sobrevivientes como un embudo a través del cual los inmigrantes de las zonas rurales pobres, o de los países subdesarrollados, o de las antiguas colonias (según sus circunstancias particulares), son canalizados hacia mercados de trabajo específicos caracterizados por los bajos sueldos y la baja productividad. El hecho de que esta diferenciación socioeconómica sea también racial y cultural no es mero accidente.

Se ha argumentado de manera persuasiva que la división cultural del trabajo, presente tanto en las sociedades industrializadas como en las llamadas sociedades “en vías de desarrollo”, prepara el terreno para la “racialización” de las relaciones sociales y económicas y para la formación de las diferentes identidades colectivas que se enfrentarán y competirán unas con otras en las esferas económica y política. Los antiguos “trabajadores huéspedes” (que las economías europeas en expansión necesitaron durante el *boom* de la posguerra) se han convertido ahora en “negros”, en “árabes”, en “extranjeros”, en “indeseables”. Cómo y por qué se ha dado este cambio requiere un cuidadoso análisis, pero evidentemente no se puede atribuir a un solo factor. Sin embargo, entre los factores que se pueden considerar están las condiciones económicas cambiantes de mediados y fines del decenio de 1980, así como el énfasis que se le ha dado a la idea clásica de Estado nacional en un mundo cada vez más reducido donde tal noción va perdiendo relevancia. Y son precisamente aquellos que se sienten más amenazados por la transformación de la naturaleza del Estado nacional quienes con más tenacidad se aferran a sus tradicionales ideologías exclusivistas.

Se ha discutido mucho el problema de si las recientes expresiones de

xenofobia en Europa pueden ser consideradas una forma de racismo. De hecho, la distinción resulta poco clara. Si bien es cierto que existen casos aislados de sentimiento xenofóbico que no pueden asimilarse a ninguna concepción sistemática de racismo, también es cierto que la xenofobia sólo puede desarrollarse en un contexto de racismo institucionalizado o por la presencia de ideologías latente o declaradamente racistas. Sin embargo, el racismo mismo ha cambiado.

La concepción tradicional de racismo se refiere a un conjunto de creencias y actitudes relativamente coherentes y discriminatorias con respecto a un grupo humano identificado por una serie de atributos físicos heredados biológicamente. Mediante el proceso de "racialización" antes mencionado, tales grupos se desarrollan en realidad socialmente dentro de un sistema dado de relaciones económicas y políticas. Una de las características del racismo moderno es precisamente que, para que una ideología racista prospere, no es necesario que exista una "raza". De hecho, la biología humana nos asegura que las razas no existen. La ideología racista crea la raza al identificar como tal el grupo o grupos que se convierten en objeto de su atención.

Pero cada vez se dan más casos en que las víctimas del racismo no son sólo aquellos que parecen ser físicamente distintos del grupo dominante sino también los culturalmente diferentes, quienes encarnan el elemento no nacional, o incluso antinacional, que perturba la confortable idea de nación homogénea. Así, el racismo concebido por la ideología nacional centra su atención en las diferencias culturales, alegando la incapacidad de las comunidades inmigrantes de formar parte de la nación. Lo cual conduce a otra contradicción fundamental. La naturaleza exclusivista y discriminatoria de las ideologías nacionales prevalecientes, aunada a menudo al racismo así como a la división cultural del trabajo, hace extremadamente difícil, cuando no imposible, que las comunidades inmigrantes se adapten a la cultura nacional dominante, y menos aún que la adopten como propia. Esto, a su vez, alimenta los argumentos en favor de su rechazo expresados por aquellos que se sienten amenazados por la diferencia, por el "otro".

En el fondo de este debate está la cuestión de los derechos humanos. Según el derecho internacional de los derechos humanos, todos los seres humanos tienen el derecho de vivir libres de discriminación y de disfrutar de una igualdad fundamental. ¿Significa esto que las comunidades inmigrantes tienen el derecho de "asimilarse" e "integrarse", o significa que tienen derecho a una identidad propia, a ser diferentes? ¿Es el disfrute de uno de estos derechos excluyente del otro? Cuando los ideólogos del nacionalismo proclaman su derecho a una identidad nacional ante la inmigración y la necesidad de cerrar las fronteras y contener el flujo, ¿no

están defendiendo un derecho y negándoselo a otros al mismo tiempo? ¿Son incompatibles tales derechos? ¿Incluye el derecho a vivir libre de discriminación también el derecho a ser diferente? ¿De qué manera pueden ponerse en vigor y respetarse estos derechos en el Estado nacional moderno? Éstos son sólo algunos de los problemas que deben abordarse en los debates actuales en torno al racismo y a la xenofobia.

Recibido en septiembre de 1993

Revisado en noviembre de 1993

Traducido del inglés por Sergio Negrete Salinas

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/Camino al Ajusco 20/Col. Pedregal de Sta. Teresa/C.P. 10740/México, D.F.